

# De *La ciudad de todos los adioses*

César Alzate Vargas

El muñeco estuvo listo a las diez. Lo bautizaron con el nombre del último ex presidente, para disfrutar más de su extinción. Lo rellenaron de trapo y papeletas de pólvora. Le pusieron sombrero, saco, pantalones y zapatos viejos del abuelo. En la boca le pegaron un tabaco. Lo sentaron en un tronco, en la mitad del primer patio. Al lado, en un acto de generosidad con el moribundo, le colocaron una botella de aguardiente sin destapar. Le colgaron del cuello un letrero escrito en cartón: cómo nos has hecho sufrir, hijueputa. En un bolsillo del saco, el testamento que había de leer el abuelo.

-No jodás: el treintauno de diciembre es el día más güevón del año. Uno se la pasa horas y horas, minuto por minuto, esperando que

lleguen las doce, y nada. Es agonía pura, llave. Uno pendiente, juega remis, un partido, habla, bebe. Todas las putas cosas del año se hacen en este solo día y hay tiempo hasta para comerse por última vez a la pelada. Y mirá: tanto rato en este marica baile y todavía falta como media hora.

No estaba a gusto.

Llegó al baile ya tarde. Sólo pretendía darle el feliz año al Doctor Corazón, y éste no le permitió irse.

Como nadie más le hacía caso, lo sentó a su lado y se dedicó a hablarle y darle aguardiente.



Lo tenía abrazado y se descargaba en sus hombros.

Al hablar, levantaba con mucha dificultad la cabeza, lo miraba y lo bañaba de escupa. La cabeza volvía a caérsele, vencida por el alcohol. Lo señalaba con un índice vacilante.

-Este va a ser tu año -decía-. Vas a ver que en vez de darte paqueticos para que me guardés, te vaya enseñar cómo llenar el mundo de lo que te dé la gana.

De pronto, la operaria del equipo de sonido levantó la aguja para interrumpir la canción que estaba sonando. La casa, en un instante, enmudeció. En muchos ojos surgieron lágrimas. Solo se oía el ruido de afuera.

La muchacha, una hermana del Doctor Corazón, cogió un sencillo que tenía listo en la mesita de al lado. Lo sacó del estuche (todos la miraban) y lo acomodó en el tornamesa.



El disco empezó a sonar. La casa se estremeció en silencio. Una voz de hombre -la misma voz grave de todos los treinta y uno faltando cinco para las doce- se adueñó de la casa. Una pareja, ebrios los dos, salió a bailar. Numerosos llantos dejaron de reprimirse, y el hombre más importante del mundo anunciaba que el año viejo se iba.

-Por fin se acaba este año de mierda -dijo el Doctor Corazón, derrotado. No levantó la voz, no levantó la cabeza, no levantó la mirada. Lo doblegó un llanto fluido.

Román se confesó que aquel momento, a pesar de todo, conmovía. Por un instante ascendió por su garganta una ola de llanto, pero la contuvo. Los cuatro minutos restantes de la canción los pasó contemplando la expectativa de la gente que lo rodeaba. Los últimos jirones del año se precipitaban por un desagüe y no quedaba más esperanza de salvación que la voz de ese hombre que todos los años, a la hora final, adquiría la importancia de los colosos, se convertía en símbolo de las alegrías y desencantos de la humanidad, para diluirse luego y perder todo sentido hasta el mismo único momento del año siguiente.

- ¡Feliz año! -gritaron cien voces, veinte millones de voces, y el mundo enloqueció. En algún lado despertó, con su gloria mentirosa, el himno nacional.

-Feliz año, bobo güevón -le dijo a su amigo dormido. Se liberó del abrazo y, sin que nadie lo notara, salió.

Por las calles corrían los buenos deseos y la alegría expresada de mil maneras. Humo, olor de pólvora. Estelas de luz brillaban y se apagaban por delante de los barrios ubicados en la otra montaña.

Sin proponérselo, iba haciendo un balance de su vida mientras caminaba.

Cuando empezaron los abrazos y los besos, después del disparo que anunciaba el advenimiento del nuevo año, el muñeco ya se consumía. Fue preciso quemado antes de las once y media porque los niños no aguantamos la espera. El testamento, en su bolsillo, se consumió también. No se supo qué le dejaba a cada cual.

Yo besé y fui besado. Pero sólo pensaba en mamá, que estaría triste y enferma en Medellín.

De la abuela, asustado, recibí una bendición y la advertencia de que en diez minutos me tendría que ir a dormir.

La mamá y el papá lo abrazaron llorando. Qué mierda, se dijo. Tocaré dejarse llevar por la corriente. Pero no solo resignación, sino algo más profundo, una corriente de sentimientos amorosos, lo embargaba. Año nuevo, vida

nueva, como en la canción que sonaba en la radiola.

La hermana llegó de la cocina. Llevaba una bandeja con vino servido en copas, que empezó a repartir entre los presentes. Al vedo, sonriendo, le tiró un beso y le mató un ojo. Un instante para ser buenos, el primero del año. El único válido para demostrar que todos se querían.

Mario, otro amable del momento, le entregó una copa. Una vecina trajo otra bandeja, ésta con platicos llenos de uvas. Entonces sí, brindaron.

-Falto yo -dijo una voz repentina.

Era el Negro. No aparecía desde finales de noviembre. Festivo, saludó a cada persona.

-Feliz año, hermano -le dijo a Román. Lo abrazó con la mano derecha, y con la izquierda lo sobó más abajo. Román, compungido, se estremeció de placer.

**César Alzate Vargas** es escritor y profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. En 2007 publicó la novela *Mártires del deseo*. El fragmento aquí incluido hace parte del capítulo nueve de *La ciudad de todos los adioses*, Premio acional de Novela Cámara de Comercio en 2001.

